

Laura Llevadot

«Y es que hay un problema pavoroso que el autor ha soslayado: ¿puede la mujer ser «individuo» en la medida en que lo es el hombre? ¿Puede tener una vocación además de la vocación genérica sin contradecirla? ¿Puede una mujer, en suma, realizar la suprema y sagrada vocación de la Mujer siendo además mujer atraída por una vocación determinada? ¿Puede unir en su ser la vocación de la Mujer con una de esas vocaciones que han absorbido y hecho la grandeza de algunos hombres: Filosofía, Poesía, Ciencia, es decir, puede crear la Mujer sin dejar de serlo?. El precio de la creación del hombre ha sido muy alto y sus condiciones muy rigurosas: soledad, angustia, sacrificio. La mujer ha ofrecido su sacrificio permanente sin traspasar el lindero de la «creación».

M.ZAMBRANO¹

El problema de lo femenino en la vocación filosófica de María Zambrano^{2}*

Término vacío y a la vez lleno de tópicos «lo femenino» ocupa un lugar insidioso -para quien a ello no quisiera atender- en los textos de María Zambrano. Un lugar, sin embargo, relevante y a la vez problemático (precisamente para ella, tan ajena a los problemas) cuando se cruza con la cuestión de la creación. De la mujer-enigma a la cuestión feminista, vio Zambrano abrirse algo así como un problema, problema al que tal vez valga la pena atender, porque quizás ahí, y más allá de los bloques definidos y de las estructuras cerradas, se halle una de las claves que nos permita abrirnos a eso que bajo el nom-

bre de «vocación» movilizase el vivir de María Zambrano, y a la idea de creación que de ella extrajo y no dejó de proponer, o más bien, de insinuar, de emitir el signo capaz de tentar a un modo de vivir que supone un nacerse y rehacerse, un intento serenamente desesperado por llegar a ser «individuo».

Me parecía que cada ser tenía derecho a otras vidas

Existe algo así como una herencia, un «estar», un modo o manera de estar en el mundo en tanto que alguien. Ocurre que se sea mujer, o

Notas:

¹ en *A propósito de la «Grandeza y Servidumbre de la Mujer»*, Rev. Sur, nº150, pp.58-68, la cita corresponde a la pág. 67.

^{2*} Este trabajo ha sido realizado bajo la financiación del «Comissionat per a Universitats i Recerca de la Generalitat de Catalunya», a través de una beca FI./96

niña, u hombre, poco importa en este ámbito del existir histórico, mundo de los trabajos y los días. Sucede que se sea «alguien», aunque se sea un mendigo.

Podría llamarse a este «estar» circunstancia si por tal se entiende, no la situación que condiciona a un «yo» preexistente, sino la que constituye *el lugar desde donde se mira* -decía Zambrano en su artículo sobre Ortega³-; lugar que no es jamás elegible, sino recibido, dado sin consentimiento alguno. Puede rechazarse este lugar, tratar de abandonarlo al olvido, pero entonces reaparecerá estallando en forma de fantasma entrañado. O puede este lugar irse «cargando de razones», pues «cada circunstancia tiene su *logos*»⁴; ir definiendo su recinto, ir recorriéndose una figura a partir de lo que se ES, hasta «cristalizar en personaje».

María Zambrano podía escoger lo inelegible, pues «vivir es tener que elegir aquello que se elige, impuesto por el destino en forma de concretas circunstancias»⁵, podía vivir eligiéndose español, exiliado, mujer e incluso «autor». «Cargarse de razones» es ir definiendo lo elegido como modo de ser, de estar, y tal vez haga falta en algún momento, cuando lo que se es ha estado siempre al margen de toda definición. Así María Zambrano pudo tratar de definir el lugar de «lo femenino», pudo sentir esa necesidad.

Lo femenino, no tanto como género (Zambrano fue siempre mucho más sutil), sino como actitud, como diferencia de tono y ritmo, de tempo, aparece en algunos de sus textos. La mujer aparece allí⁶ como figura mediadora, potencia originaria que alcanza su valor en tiempos de metamorfosis, cuando se pasa de un modo de ser a otro⁷, mientras se eclipsa su figura en tiempos de orden y seguridad. La diferencia es, pues, de actitud, la mujer pre-siente, y por este presentir opera en el mundo desde dentro, allí donde el hombre pre-vé, conoce para poder dirigir. En última instancia el carácter más ancestral de lo femenino - y en esto coincide con la poesía y con la imagen de la mujer que diera Nietzsche⁸ y más tarde Ortega⁹- es su desinterés por las verdades, su apego a la vida y al valor, como muestra la ya juzgada de patética y llorona Xantipa cuando en el momento de la muerte del nihilista Sócrates- capaz de morir por la verdad- será mandada a sus faenas para que no estorbe en ocasión tan serena y propicia para el filosofar (*Fedón*, 60a). La mujer, dice Zambrano, puede ser auténtica pero jamás sincera.

Y aún con todo, y aunque es bello este modo de establecer las diferencias, y aunque con gusto una u otro se reconocería allí, introduce Zambrano en seguida la sospecha: «¿No resulta apresurado, parcialmente vitalista, esta escisión

Notas:

³ M.ZAMBRANO, «José Ortega y Gasset», en Cuadernos del Congreso por la Libertad y la Cultura, París, nº16, I-II/1956, pp.7-12

⁴ *ibid.*, p.8

⁵ p.8-9

⁶ «A propósito de Gandeza y Servidumbre de la Mujer», op. Cit., pero también en los textos recogidos en *Nacer por sí misma*, horas y Horas ed., Madrid, 1995.

⁷ «La mujer desde más allá, desde otro mundo guía decisivamente las transmutaciones de este mundo», *ibid.*, p.65

⁸ *La Gaya Ciencia*, libro II, Af.60, sobre el «pathos de la distancia»

⁹ Ortega retoma esta cuestión nietzscheana, oponiendo la exterioridad teatral de la mujer que oculta una intimidad reservada a la vanidad profunda del hombre que trata de ocultar una intimidad teatral, en *Tres estudios sobre la mujer*, Almacenes generales de papel, p.56. Sobre esta cuestión en referencia al secreto Deleuze-Guattari escriben: «Es curioso como una mujer puede ser secreta sin ocultar nada, a fuerza de transparencia, de inocencia y de velocidad. (...) Los hombres adoptan una actitud grave, caballeros del secreto, *ved que peso llevo sobre mis espaldas, mi gravedad, mi discreción*», pero acaban por decirlo todo y no era nada. Por el contrario, hay mujeres que lo dicen todo, incluso hablan con un espantoso tecnicismo, sin embargo, al final uno no sabe más que al principio, lo habrán ocultado todo por celeridad, transparencia. No tienen secreto puesto que ellas mismas han devenido un secreto. ¿Serán más políticas que nosotros?. Ifigenia.» En *Mil Mesetas*, Pre-textos, p.290

y casi oposición de la verdad y el valor?»¹⁰, lo que es lo mismo que preguntar por la legitimidad de este aparato dual que divide en géneros lo que existe, que define «oponiéndose a». Si es cierto que lo femenino se define por su papel mediador, la potencia mágica de su presentir, su vitalismo que desmerece las verdades que los hombres con esfuerzo y angustia inhumanos han ido construyendo, entonces la vocación verdadera de la mujer sería la «pitonisa», la «eterna Casandra».

Pero , entonces, ¿porqué escribe una mujer?, pues la mujer que lo fuese de veras, según definición, no necesitaría escribir, yaciendo como está en un saber de signo contrario a la escritura¹¹, un saber que permite contemplar la acción de los hombres desde el otro lado, «con más silencio e ironía de lo que ellos suelen, por suerte, percibir».

Sucede que esta imagen de la mujer es la *imagen recibida*, imagen histórica en que lo humano improbablemente se reconoce, imagen que es además un *enigma*, pues: «Hay imágenes adecuadas, aunque incompletas: aquellas que reflejan con cierta fidelidad el anhelo que las produjo. Hay otras que enmascaran y aprisionan, imagen del enigma que es toda vida vacilante.»¹², sucede que el enigma, la mujer como realidad sagrada, aprisiona la multiplicidad, impide el desarrollo de las posibilidades sin contradicción, impide, pues, la metamorfosis. El enigma no permite la acción generosa de Dionisos, la

de liberar a los muchos que dormitan en un ser que lo es por su capacidad de trascenderse, por su «padecer su propia trascendencia», dice Zambrano¹³.

Sucede que el anhelo insiste, que la vida de las entrañas empuja por romper la imagen que somos, nuestro ESTAR, sea éste el de la figura femenina enigmática al acecho del preguntar de los hombres- y al que sólo puede responderse en silencio-, sea el de la mujer descendida ya a este mundo, reclamando sus deberes y derechos, la «igualdad de condiciones», si es que le quedan entrañas, si es que no las ha perdido en esa «patética guerra», como Zambrano la nombra.

Insiste, pues, el anhelo de romper con la injusticia de todo lo que es, de ser otra cosa: «Me parecía que cada ser tenía derecho a otras vidas»- recoge Zambrano de Rimbaud¹⁴-; insisten los «conatos de ser» que somos, los que nos despiertan en sueños, insisten las entrañas y sobre todo la ausencia: «¿Porqué sentí la ausencia de la filosofía?, ¿por qué?»¹⁵. Y ocurre que cuando lo que insiste no coincide con la «imagen recibida», y otra imagen que debe llamarse «guía», «genio tutelar», va dibujándose en las entrañas sin que podamos verle la cara pero haciendo, no que las circunstancias sean aceptadas, sino esclareciéndolas, haciéndolas transitables¹⁶, algo debe romperse, y parece que lo que antes se rompe, en el caso de la mujer, es el enigma que pronto se convierte en problema.

Notas:

¹⁰ ZAMBRANO, *ibid*, p.62

¹¹ A este respecto ARISTÓTELES deslegitimaba la sabiduría de las mujeres por ser un saber conjetural, saber que no traza caminos, en *Historia de los animales*, VII, 9587

¹² ZAMBRANO, «*La Esfinge: La existencia histórica de España*» en Cuadernos del congreso por la libertad y la cultura , París, n°26, IX-X/ 1957, pp.3-8

¹³ ZAMBRANO, *El hombre y lo divino*, F.C.E., p.56: «No es Dionysos el dios despreciador de la forma, sino el que buscándola, no puede detenerse en ninguna, porque la forma última, total, habría de lograrse más allá de la muerte. Es la divinidad que manifiesta ,entre todas, que la vida y dentro de ella el ser que más padece, el hombre, es trascendente, anda en vía, en tránsito.»

¹⁴ RIMBAUD, *Temporada en el Infierno. Delirios II*. Citado en *Filosofía y Poesía*, F.C.E., p.115

¹⁵ ZAMBRANO, «*Ausencia y presencia*», *Philosophica Malacitana*, Málaga, vol.I, 1988, pp.9-13

¹⁶ Sobre la función del «guía», ZAMBRANO, *Los Bienaventurados*, p.60

Problema porque la imagen recibida no parece dispuesta a dejarse deformar por otros «conatos de ser», problema porque la imagen recibida tiene ya su parcela de creación y no debiera anhelar otra (bajo sospecha de ser una de esas mujeres de las que, decía Nietzsche, «les falta la tela para tener hijos»), problema porque parece que la ausencia que llama, que insiste como «signo impreso en un ser ciego» exija que, para serle fiel y entrar en el mundo de los personajes iniciados, se renuncie a la imagen y a la herencia, «formarás parte si aceptas convertirte en otro».

Corresponde a María Zambrano un lugar singular en este drama por lo que hace a su vocación filosófica, a su sentir la ausencia de la filosofía, porque sin renunciar jamás a la «imagen recibida» no se conformó en cristalizar en eterna niña aprendiendo a hablar el lenguaje de los hombres, porque tampoco quiso investigar en ese su lenguaje tratando de detectar en la cuestión de lo femenino la debilidad de sus sistemas, su misoginia reprimida, el «sucio secretito» que los deslegitimaría¹⁷; porque tampoco desistió de su vocación para dedicarse a otra tal vez más acorde con su feminidad¹⁸; porque fue fiel a su vocación aceptando su herencia, porque como el exiliado no podía dejar que eso que sentía, la patria, lo femenino, fuese abandonado a las opiniones de las gentes¹⁹, sino que «como aceptaba su herencia [...] ha tenido que adentrarse en las entrañas de esa historia, ha vivido en sus infiernos, una y otra vez ha descendido a ellos para

salir con un poco de verdad, con una palabra de verdad arrancada de ellos.»²⁰

La Confesión

Aceptar la herencia adentrándose en las entrañas de la mano de la vocación es justo lo contrario a darse una «definición», es renunciar a «cargarse de razones» e intentar más bien «despojarse de sin-razón», e incluso de voluntades y proyectos. María Zambrano, eso, el despojarse, el deshacerse, lo hizo escribiendo, contándose historias, pues «el que no sabe lo que le pasa, hace memoria para salvar la interrupción de su cuento, pues no es enteramente desdichado el que puede contarse a sí mismo su propia historia»²¹. Contarse su historia es lo que constituye la confesión, no tanto en cuanto a género literario, sino sobretodo como experiencia, como «revelación de la vida». Se distingue de la definición en que «el que define cualquier cosa lo hace con pretensiones de verdad, el que se confiesa solamente pretende decir su verdad»²², y a la vez es lo contrario del narcisismo autobiográfico pues la confesión no lo es de un «yo», sino de un «yo» que huye de sí mismo, en busca de sus conatos de ser, de dar una unidad a esas vidas que por la confesión quisieran expresarse. Se confiesa «el cansado de ser hombre, de sí mismo»²³, el que busca una transformación. Se va entonces en busca de una historia que permita existir a todo lo que en nosotros no ha llegado a ser, y la historia de María Zambrano está habitada por figuras feme-

Notas:

¹⁷ En esta línea, influida por el psicoanálisis, se podría situar parte de la obra de Sarah Kofman, a excepción de sus magníficos textos sobre Nietzsche.

¹⁸ Como fue el caso de Simone de Beauvoir.

¹⁹ A este propósito la afirmación de Nietzsche: «Sobre el hombre y sobre la mujer por ejemplo, un pensador no puede cambiar de opinión, puede solamente descubrir aquello que en él está parado en ese punto.», citado en S.Kofman, *Explosion II*, Paris, Galilée, p.71

²⁰ ZAMBRANO, *Carta sobre el Exilio*, en Cuadernos del Congreso, Paris, nº49, VI/ 1961, pp.69

²¹ *El Hombre y lo divino*, op. Cit., p.24

²² ZAMBRANO, «*La Mujer de la cultura medioeval*», Rev. Ultra, Abril-Mayo, 1940, nº45, pp.274-278

²³ ZAMBRANO, *La confesión, género literario*, Siruela, 1995, p.35

minas, que no han llegado a ser, que han fracasado, que pueblan pasivamente sus entrañas.

«Rescatar la pasividad despertándola»²⁴ es recrear una historia que, por vocación, se cruza con la vocación de ciertos ilustres hombres, con el modo como algunos hombres han tenido la suerte de trascender, con la filosofía y la poesía, pero sobre todo con los términos del conflicto, con la «condenación de la poesía» que traerá consigo «la condenación de la mujer».

La filosofía, con Platón, en su afirmarse polémico exige el desenmascaramiento de todo lo que no es ella misma. Criminaliza, pues, a la poesía con una doble condena. Condena moral y política, porque no atiende a la Verdad y a la Unidad, porque ante el esfuerzo del filósofo de «salvarse de las apariencias», la poesía las fija se aferra a ellas y engaña, se atiene a la multiplicidad, porque *los poetas mienten* y en ese mentir hay injusticia. Pero a su vez, condena también teológica -y es importante el giro que aquí viera Zambrano- porque lo que el filósofo, rozando teología y mística, reprocha al poeta es no salvar de veras las apariencias, no salvarlas suficientemente. La palabra del poeta, la palabra que delira, que expresa las pasiones de un ser sin esperanza que acepta trágicamente la realidad, no tiene la fuerza ni el procedimiento necesario para «salvar las apariencias», para darles eternidad²⁵. El filósofo, en cambio, el que renuncia al delirio, el que hace de su vivir vigilia, «el que ya no se queja», trae consigo una salvación, verdad que

transformará la vida, que le permitirá salirse de la procesión de este padecer, «salvando el alma» por el conocimiento²⁶, viviendo fuera de la vida, ejercitándose para la muerte. Es necesario que en este trayecto el filósofo no se salve sólo, que salve el ser y la realidad, que la realidad no sea trágica sino eterna. De ahí esa segunda vía de conocimiento no dialéctica que es el amor y cuyo camino es la manía (cuarta especie de delirio), amor que parte de la única apariencia verdadera, la belleza, y que de cuerpo en cuerpo debe llevar a la unidad: «Con esto ya está logrado lo que parecía más imposible, la generalización de lo sensible. Lo sensible era contrario y rebelde a la unidad (...). Por la belleza se ha logrado esta unidad. El mundo sensible ha encontrado su salvación.»²⁷ La filosofía salva así las apariencias que antes denunciaba, pero salva a su vez al amor y «salva» también a la mujer, gracias a la condena de la poesía y porque toma su relevo: «La divinización de la mujer es también cosa platónica, es un hecho posible merced al pensamiento platónico, a sus consecuencias. La mujer ha quedado también salvada, porque ha quedado idealizada. Si el hombre se enamora es porque lleva en su mente un *a priori* ideal de lo femenino, y quien no lo lleve, no puede enamorarse.»²⁸

El platonismo en su vertiente más teológica ha hecho posible la «salvación de las apariencias» en la que se basará el arte Renacentista²⁹, pero también la poesía con ese ideal de mujer que será la «dama». Beatriz es quien encarna a esta mujer que corresponde a la idea, es la ima-

Notas:

²⁴ ZAMBRANO, *Los Bienaventurados*, Siruela, p.13

²⁵ «No es camino la imitación, porque por la imitación se multiplica la decadencia, se patentiza el no-ser, se precipita la muerte sin estar maduro para ella. No; hay que buscar otro camino mediante el cual las apariencias sean puestas a salvo de su destrucción. Hay que buscar la realidad perenne, donde estas apariencias brillantes no perezcan. Y tampoco es remedio el expresar las pasiones. El fijar las pasiones y su melancolía, su flujo inexorable, en la palabra. Porque esta palabra -sombra de sombra- de la poesía, no puede darles eternidad, porque no ha extraído su unidad verdadera.», *Poesía y Filosofía*, op. Cit., p.60

²⁶ «Salvar el alma por el conocimiento es la solución que el pitagorismo encuentra en Platón. Es ya filosofía, pero sigue siendo ante todo religión.», *El hombre y lo divino*, op. Cit., p.94

²⁷ *ibid.*, p.66

²⁸ *ibid.*, p.68

²⁹ Sobre la cuestión de cómo fue posible una «teoría del arte» platónica durante el medievo y el Renacimiento, PANOFSKY, *Idea*.

gen que pone «fuera de sí» al varón, que le pone en movimiento. Se le pide a cambio quietud, que no se mueva, que no desmienta la imagen sagrada que moviliza el espíritu del hombre. De ahí la angustiada pregunta: «¿puede *crear* la mujer?», porque crear es moverse, ponerse en movimiento, pero en segundo lugar porque esta mujer inmóvil ha sido a su vez creada por la voluntad creadora del hombre, voluntad que tendrá sus primeros privilegios con Descartes y que culminará con lo que Zambrano llama «metafísica de la Creación».

Es con la evidencia cartesiana, con el «cógito», que se inaugura la creencia en el «yo», y con ello la filosofía entra en el orbe de la creación. Descartes alcanza esta soledad a fuerza de duda metódica - inversión de la confesión agustiniana-. El «yo» afirmado en una soledad inaccesible, a salvo por su conciencia de las contingencias de la vida, sentirá, por ello, la necesidad divina de crear para romper el cerco de esta soledad de la conciencia: «Soledad inaccesible a la filiación y que en su desamparo le forzará a hacer algo para sentirse creador, a que la acción que ejecute lleve evidencia de su condición creadora. Y para la creencia en la creación humana se tendrá -como no podía ser menos- a la vista, aun sin decirlo, la creación divina, es decir, desde la nada.»³⁰ Se plantean entonces cuestiones que habían estado reservadas al ámbito de la divinidad: voluntad, libertad, creación, que ahora atañen ante todo al hombre³¹. Llegará el momento en que, ante este impulso creador, arte y filosofía lleguen a unirse como jamás lo estuvieron. El arte en el romanticismo, no es ya más forjador de sombras, sino revelación de la verdad, cumple la

función de la creación divina. Si esto es posible es porque el «alma»- ese extraño descubrimiento de los filósofos del número que aún no es humana, ni siquiera en Platón- ha dejado paso al espíritu. Espíritu que es afán de libertad, de existencia, y que ya no siente en la soledad desamparo -como sentía el alma al final del mundo antiguo- sino que la vive como «soledad creadora»³². Y el hombre que esto siente, que frente a sus dioses se atreve a vivir divinamente, es decir creando, conocerá en su tarea la «angustia de la creación» -esa que Zambrano afirmaba no sentir³³-, la nada, última resistencia que precede a toda creación.

Es cuando las nupcias entre filosofía y poesía empiezan a quebrarse, cuando la poesía hace lo que nunca había hecho, tomar conciencia de sí, teorizar sobre su arte, darse una justificación -aunque sea poética-, cuando acontece la «condenación de la mujer por la poesía». Será Rilke, precisamente el poeta de las metamorfosis, de la transfiguración, quien condene a la mujer, aunque sea también para salvarla de esta angustia y de este impulso creador, no fuera que quisiese imitar a la poesía, y empezase a definirse, a establecerse a sí misma. Es a las vírgenes prematuramente muertas y a las amantes desdichadas a quienes canta el poeta para salvar en ellas su esencia intacta: «Tan ausentes andan estas entidades, que hasta la fe más adecuada a su azarosa presencia prefiere su temprana muerte como garantía única de que la esencia sea conservada sin derramarse, de que el misterio no sea hallado y abierta la rosa en la banalidad de un venticello que deshoja sin poseer.»³⁴

Precisamente el poeta, quien debiera ofre-

Notas:

³⁰ *La Confesión*, íbid., p.71

³¹ «Es la creación, el crear sin tregua lo que sostiene a éste que quiere ser frente a -no necesariamente contra- lo divino inescrutable: la creación humana que desde entonces toma conciencia de su fondo inescrutable también. Es la fe que hará surgir el romanticismo.», *El hombre y lo divino*, p.180

³² «El vivir en la conciencia desembocó en vivir en el espíritu, «Espíritu» es libertad, acción creadora.», íbid., p.187

³³ íbid., «pólogo a la segunda edición», p.10

³⁴ ZAMBRANO, «*Eloísa o la existencia de la mujer*», en *Nacer por sí misma*, op. Cit., p.92

cer asidero a todos los «conatos de ser», condena a la mujer para salvarla de la existencia, la mujer está salvada a condición de estar casi muerta. Opera aquí el poeta como Platón con la poesía, salva las apariencias para salvarse, en realidad, de ellas, de su banalidad fugitiva. Fue la pureza del «alma» quien condenó a la poesía, ahora es el «espíritu» poético, liberado de su condena, en su existencia creativa, quien condena a quienes no le alcanzan. Situación errabunda de lo femenino, a quien el surrealismo todavía canta, no participa del espíritu creador del hombre porque no es³⁵, porque no se lanza, como él, a la existencia. Se dibujan, entonces, esas «figuras indecisas y errantes, que traen el maleficio al mortal que se atreve a mirarlas [...]». Existencia fantasmagórica de lo que no ha conseguido su ser y no está ni en la vida ni en la muerte.»³⁶

Situación ésta que recuerda en demasía a la situación de desamparo la triste Pénia, situación aporética, sin camino, de quien no puede pero desea engendrar, porque no ha sido invitada al banquete de los dioses, porque lo femenino debe quedar al margen, para salvarse, del espíritu de la creación. ¿Habría otro género de creación que no suponga angustia, soledad y sacrificio, que no suponga el aislamiento del «yo» que cree vanidosamente en su existencia? ¿Nacerá un hijo del desamparo como Pénia engendrará a Eros urdiendo su trama amorosa con Poros, el saber? ¿Podrá engendrarse la mujer, podrá llegar a ser «individuo»? porque para Zambrano individuo lo es quien es capaz de renacer, de ser de nuevo engendrado³⁷. ¿Y para qué contarse esta historia sino para matarse, para renacer, «huyendo de sí en espera de hallarse»?

Tener que nacer como rechazado por la muerte

Es esta situación errabunda la que la mujer comparte con el exiliado, y con todos los semi-seres que, entre la vida y la muerte, han sentido el abandono, la ausencia de un lugar donde volver, la imposibilidad de tener un «estar». Este desamparo constituye los «cadáveres vivientes» que la historia -mausoleo sin cadáveres- va dejando a su paso. Desde ahí, desde el desamparo, se ve todo sin relación, no se tiene horizonte, es decir, una visibilidad, un orden donde los acontecimientos se situarían en su lugar justo. La ausencia de horizonte hace decir a quien la siente «me dejaron en la vida», sin tener otra cosa que hacer que renacer, porque hasta la muerte, el poder morir, le rechaza. El superviviente no puede, como el refugiado, hacerse una nueva vida y a otra cosa. Es necesario que sea fiel a sí mismo, a su condición de «muerto viviente» si quiere arrancarle algo a su historia. Le falta al superviviente un espacio vital -dice Zambrano- donde «su figura pudiese hacerse inteligible», pero a la vez está en el lugar justo, «en ese límite entre la vida y la muerte donde habita, el cual es el lugar privilegiado para que se dé la lucidez, sobre todo cuando se ha renunciado a justificarse y cuando no se ha cedido a cristalizar en un personaje, cuando no se ha querido ser nada, ni siquiera héroe.»³⁸

Es probablemente este lugar «entre» (entre la vida y la muerte; entre la vigilia y el sueño) el lugar privilegiado para que se dé ese otro género de creación, creación que no se da sino por una transformación de sí, por un tener

Notas:

³⁵ «La mujer se supo dueña de un alma y se identificó con ella, pero no se supo espíritu, afán creador.», *ibid.*, p.98

³⁶ *ibid.*, p.93

³⁷ *La Confesión*, p.23

³⁸ «*Carta sobre el Exilio*», *op. Cit.*, p.69

que renacer «como rechazado por la muerte». Pero este lugar tiene también sus peligros, y el mayor de ellos sea, tal vez, «la tentación de la existencia», de ser «el existente». Porque es posible que quien esto sienta, este abandono y esta ausencia de horizonte, confunda esta situación con libertad, y entonces se acrecienta el «yo», el único del desierto que ve lo otro como un «todo», y «todo» de un mismo color, y diga «yo existo» y vosotros, los otros, los opositores sois los que estáis casi muertos: «Todo contiene y se opone ante el único que se ha instalado en el desierto. Un desierto que ya no es la inmensidad. Y se ha perdido así para siempre, se le ha perdido al existente aquel haber ido solo entre las sombras. Ahora la soledad es distancia, se hace distancia entre el Yo y «los otros», insalvable distancia.»³⁹. Cayeron en este agujero «entre» todos los seres de tragedia, versiones de Antígona, que el siglo XIX, bajo presión de ese espíritu absoluto, no dejó de engendrar (Lautréamont, Rimbaud, incluso Baudelaire). Inversiones del «yo-conciencia» cartesiano que creyeron en su existencia individual «alimentándose de sus entrañas», la vida del corazón independiente que se rebelaba contra la pretensión de conocimiento que lo reducía. Son seres subterráneos, también, supervivientes, pero que a falta de un espacio vital se asfixiaban y fueron presa de alucinaciones y delirios, «suicidas en su anhelo de existir» creyeron que vivir era «sentir-

se arrebatarse»⁴⁰. Probablemente sea Rimbaud quien mejor encarna este género de vida, el del que lleva consigo la «creación precipitada»⁴¹, el del ángel que decidió convertirse en demonio, y de quien Henry Miller afirmó con certeza: «Él era todo energía, pero no era la energía de un ser cuyo centro está en reposo»⁴².

A este *centro en reposo* es a lo que María Zambrano, desde ya muy joven, venía llamando «alma». Y es necesario extraer de este término sus connotaciones cristianas, pues se trata más bien de una especie de «espacio interior», de «lugar, de sede o de potencia que alcanza contacto con todo, y por ello sede de la intimidad, de eso que precede al conocimiento», y que existía, se sentía existir, antes de que el yo cartesiano la barrera⁴³.

Es a la mujer a quien Zambrano dota de este espacio llamado «alma»⁴⁴, espacio que será movilizado no por cualquier mujer sino por aquella que, siendo fiel a su herencia, «se atreva a existir» -a romper con su imagen sagrada, enigmática, liberando la fuerza en ella contenida- y, a la vez, esté desposeída de toda «tentación de existencia», que pudiera vertirla en un ser de tragedia. No es Antígona, sino Eloísa quien realizará esta hazaña, hazaña que a partir de ella y de otros -poetas y filósofos- permitirá abrir a un modo de vivir antes cerrado. No se trata, en absoluto, de que Eloísa pueda participar del espíritu creador de su amante Abelardo, sino

Notas:

³⁹ *Los Bienaventurados*, p. 40

⁴⁰ Sobre esta cuestión, *La Confesión*, «El Paraíso artificial» y «Los hombres subterráneos»

⁴¹ «A falta del orden sagrado, el sagrado desorden. Es la confesión, que es ya un grito que explica y sitúa a tanto delirio moderno de la palabra y de la acción. El perpetuo adolescente, que antes que la madurez alcanzará la muerte (...) La precipitación y el arrebato, la creación precipitada con la esperanza de que el momento de éxtasis poético libre a la vida de su peso, nos libre del oficio de ser hombres.», *ibid.*, p.90

⁴² HENRY MILLER, *Le Temps des Assassins. Essai sur Rimbaud*, Christian Bourgois ed., Paris, 1991.

⁴³ «El espacio interior hubiera aparecido con sus lugares secretos y adecuados a todo lo que revuelto y asfixiado agonizaba. No es solamente ese centro de intimidad sino lo que por su virtud sobreviene: la intimidad con los seres y las cosas todas; la intimidad consigo mismo. Antes, antes de que el yo cartesiano la barrera, había algo llamado alma, que nos imaginamos ahora como este espacio interior, como este reino de cada uno, tesoro donde se guardan las ocultas e imprevisibles posibilidades de cada cual, su secreto reino. Este espacio fue borrado y en su lugar aparecieron los *hechos psíquicos* o los *actos de conciencia*.», *La Confesión*, p.102

⁴⁴ *Eloísa*, op. Cit., «La mujer parece haber sido designada para ser la protagonista de la historia del alma en el mundo. No exento de ella el hombre, la ha eludido y traspasado para ganar eso otro que quizás se llame *animus*, voluntad, intelecto o espíritu.» p.105

de que ella, por medios propios pero a través del amor, fue capaz de abrir un espacio, de alcanzar una unidad. Es como la tercera vía que Zambrano nunca dejó de señalar, la vía del superviviente capaz de «mirar su propia vida», arrancando de sí la tragedia de ser arrastrado por una pasión que parece provenir de otro. La vía, pues, de la vocación, de la «acción verdadera», otro género de creación que opera, no por esfuerzo del espíritu en busca de su libertad, sino por pasividad, por esclavitud del alma, puesto que «el alma no quiere dejar de ser esclava. Su padecer es su actividad suprema»⁴⁵, y que el alma padezca es la condición para la metamorfosis. Se trata de una disposición pasiva, de esa pasividad que no ha sido tenida en cuenta ni por la filosofía ni por la poesía⁴⁶ - de ahí la importancia que para M.Zambrano tienen los sueños como modo de conocimiento, y no como objeto de conocimiento-, esclavitud por la que se alcanza otra suerte de libertad, esa «otra fuerza» de la que también H.Miller hablaba a propósito de Rimbaud: «La fuerza del rebelde, que es el Maligno, se apoya sobre su terquedad, pero la fuerza verdadera reside en la sumisión por la cual podemos volcar nuestra vida en alguna cosa que nos depasa. En el primer caso es el aislamiento, la castración; en el otro, es la unificación, la durable fecundidad»⁴⁷. En este género de creación no hay lugar para el «yo creador» y su violencia ejercida sobre el material, mucho menos para la vanidad del «yo lo hice». Cuando se realiza algo desde esta disposición sólo se puede decir «se ha hecho», porque si algo se ha hecho

es hacer actuar la naturaleza de uno con la naturaleza del material. Solía Zambrano ejemplificar con un relato oriental esta vocación creadora. «Yo no he puesto nada, en tres días se hizo. Me retiré. Primero me olvidé del emperador, después me olvidé de la obra y cuando me identifiqué con el árbol, con la madera, con el ser, desperté y el campanille estaba hecho. -Y sigue Zambrano-: Creo que ésa era la esencia de la verdadera vocación, dejar que las cosas se hagan por sí mismas, pero a condición de haber entregado todo el ser, todo lo que uno es y, si uno se entrega masivamente, saldrá la hermosura o el pensamiento viviente que no se acaba.»⁴⁸. Para quien esto realiza poco entiende de la angustiosa soledad del creador, pues se trata de otro género de soledad, de una soledad compartida, una soledad que no es distancia sino precisamente acercamiento a los otros, a los que se apela con el crédito y la fe y no con razones que jamás han unido a nadie, la que conocieron aquellos que como Nietzsche y Kierkegaard «se fueron liberando a medida que lograban la existencia para sus atormentadores, arrojando de sí la tragedia, conquistando una soledad desde la que brota la comunicación, soledad que lleva consigo una distancia y una entereza.»⁴⁹ Cuando esto sucede si hay sacrificio es porque la existencia se ha convertido en ofrecimiento, y el que ofrece ya nada guarda para sí. Pero esto es posible cuando la metamorfosis se ha cumplido, cuando se ha alcanzado ese «punto de identidad», de «no contradicción», de «unidad», o lo que Zambrano había nombrado anteriormente como «objetividad»⁵⁰, se ha alcanzado

Notas:

⁴⁵ *ibid.*, p.106

⁴⁶ *Los Bienaventurados*, p.13

⁴⁷ *ibid.*, p.130

⁴⁸ En *Ausencia y presencia*, op. Cit, p.9-10. Citado también, aunque con alguna variación, en *La Confesión*, op. Cit., p.97

⁴⁹ *ibid.* p.106

⁵⁰ *San Juan de la Cruz* (1939), en *Senderos*, Anthropos, Barcelona, 1986, p.188. Respecto a esta cuestión del «punto de identidad»

un punto de invulnerabilidad, porque la *insistencia* se ha vuelto *resistencia*, y es este punto el que bien cerca pudiera estar de la «beatitud» spinozista, o del «caballero de la fe» kierkegaardiano, o incluso del mal afamado «superhombre» nietzscheano, cerca de esa «generosidad» del filósofo de la que hablaba Deleuze.

El que habla desde ahí lo hace con una «voz diáfana», voz que ha renunciado al llanto y a la apelación a los otros con razones, y el que escribe desde ahí lo hace con la conciencia de ser autor de obras póstumas, de escribir, como Eloísa, epitafios, como muerto en vida que se es.

María Zambrano pudo entonces, desde ahí, y porque atendió a lo que insistía adentrándose en las entrañas de su herencia, llamar a su «razón», «razón femenina», porque de ella aprendió su pasividad, su actitud, un modo otro de adentrarse en la creación, y a la vez pudo escribir que había sabido siempre que «filosofía, ella, y no por ser mujer, nunca la podría hacer»⁵¹, porque el filósofo, como muestra el mito de la Caverna, espera siempre despertar a voces, y con razones, con su llamada desde lo alto, y le falta al filósofo un «bienaventurado», alguien que haya alcanzado la unidad, y que llame a los otros «desde los lados», porque se ha invertido la caverna, porque se ha entrado en sus infiernos, y cuando se regresa no es para despertar a los hombres que gimen, sino para infiltrarse sigilosamente en su sueño y depositar en ellos «un germen de palabra y no una palabra total o que pretende serlo.»⁵²

Puede que algún «-ismo», ávido de pueblo, hambriento de creyentes, vaya entonces en busca de Zambrano, y de todos los que como ella han creado algo, y se haga de este pensamiento transformador, en vías de transformarse, el emblema de lo ya sabido de antemano, del «feminismo», del «misticismo» o incluso del «cristianismo». Pero lo que se le hurtará siempre a una tal mirada es precisamente este género de creación que comporta una transformación de sí, un haber de renacerse como rechazado por la muerte, un estar, por ello, más acá y más allá de la vida de los vivos, de los que tienen un «estar», de los personajes que buscan en estos «muertos vivos» una confirmación de sí, incapaces sin embargo de comprender lo que se lee en la losa sepulcral de P.Klee, y que bien pudiera ser atribuido a M.Zambrano:

«En este mundo
no se me puede comprender,
pues tanto vivo con los muertos
como con los no nacidos
algo más cerca de la creación de lo que es usual
y ni con mucho suficientemente cerca.»⁵³

Notas:

M.Zambrano tuvo también sus dificultades para darle el nombre justo que no evocase la «lógica de la identidad» que ella misma rechaza, así en La Confesión podemos leer en referencia a San Agustín: «En su Confesión se ha transformado recobrándose; ahora es. Y su ser se levanta sobre un punto de identidad. Tal era y sigue siendo el problema. Nuestra vida corre dispersa y confusa, por los anhelos y por el tiempo. Llegar a ser, sólo es posible logrando la unidad.», y un poco más abajo: «No es un punto de identidad, sino un centro que confiere la unidad de otra manera.», pp.62-63

⁵¹ Prólogo a *Poesía y Filosofía*, op. cit.

⁵² *Los Bienaventurados*, p.96

⁵³ en PAUL KLEE, *Diario*, Alianza, 1993, p.322